



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

La revuelta tagala de 1896/97: Primo de Rivera y los acuerdos de Biac-na-Bató

Luis E. Togoeres Sánchez

Universidad San Pablo - CEU

I. AGOSTO 1896-ABRIL 1897

A. Preparación de la revuelta

Desde siempre el estado de insumisión en Filipinas fue algo endémico. Las campañas en Mindanao y Joló se repetían con machacona insistencia sin lograr las autoridades de Manila terminar con la actitud levantisca de los moros, extendiéndose esta indulgencia a las zonas pobladas por los igorotes y hasta las lejanas Carolinas.

El reinicio de la guerra en Cuba, el 24 de febrero 1895, sirvió para incitar a la rebelión a los sectores más cultivados y europeizados de los tagalos, anhelantes de librarse del yugo de los **castilas**, para así quedar como dueños del archipiélago⁽²⁾.

La década de los años 90 fue muy activa para el proceso nacionalista filipino. La creación de un comité de propaganda, en el que figuraba Rizal, dio lugar a la expansión del pensamiento nacionalista entre los sectores más cultivados de la sociedad tagala. A través de folletos, libros y del periódico editado en Madrid *La Solidaridad* se difundió el pensamiento filibustero⁽³⁾. En 1892 nació en Manila la **Liga Filipina**⁽⁴⁾, disuelta en 1894 y deportados sus fundadores, entre ellos Rizal, al norte de Mindanao. [14]

El 7 de julio de 1892 nace el **Katipunan (Kataastaasan Kagalangalang ng Katipunan ng mga Anak ng Bayan** - Venerable Sociedad Suprema de los Hijos del Pueblo), asociación que liderará la lucha contra la permanencia de la soberanía de España en Filipinas.

En el nacimiento y formación de los sectores nacionalistas filipinos se encuentra la presencia de la masonería, principios e ideas que llegaron al archipiélago -en opinión de Pi y Margall- de mano del acercamiento que vivió el archipiélago a Europa en la década de los setenta. El acercamiento permitió el acceso de los tagalos a las Universidades españolas y europeas sobre la base del gran número de filipinos que realizaron estudios en la universidad de Manila. Según Pi y Margall, en 1892 estaban ya del todo organizados masónicamente los futuros rebeldes filipinos⁽⁵⁾.

El diputado por Cuba Retana, ante esta situación, reclamaba de continuo que el Capitán General de Filipinas, entonces general Blanco, impidiese esas conspiraciones. Lejos de comprobar las denuncias, Blanco, enemistado con el arzobispo de Manila -fray Bernardino Nozaleda- hacía oídos sordos a estas advertencias, en las que no creía⁽⁶⁾.

Desde agosto de 1895 existían informes, llegados a través de los religiosos españoles que prestaban su ministerio en las diferentes provincias de Luzón, de la importancia que tomaba el **Katipunan** y de su conocida actitud antiespañola, así como del gran número de afiliados con que contaba⁽⁷⁾. En la misma línea iban los informes de la Guardia Civil. El teniente Manuel Sitjar, jefe de la sección de este cuerpo en Pasis informaba que en aquel pueblo existían entre 600 y 700 miembros afiliados «a una asociación de base

masónica, pero cuyos verdaderos designios eran altamente políticos y antiespañoles». Por estas fechas sus líderes realizan viajes a Hong Kong, Yokohama, Singapur... [15] con el fin de recabar apoyo exterior, recursos económicos y armas para dar comienzo al levantamiento⁽⁸⁾.

El 28 de junio de 1896, con todo ya dispuesto, el Consejo Supremo del **Katipunan** daba las siguientes instrucciones a sus seguidores:

«*Segundo.* Una vez dada la señal de H.2.Sep. cada hermano cumplirá con el deber que esta G.R.Log le ha impuesto, asesinando a todos los españoles, sus mujeres e hijos, sin consideraciones de ningún género, ni parentesco, amistad, gratitud, etc.

Cuarto. Dado el golpe contra el Capitán General y demás autoridades esp. los locales atacarán los conventos y degollarán a sus infames habitantes, respetando las riquezas en aquellos edificios contenidas, de las cuales se incautarán las comisiones nombradas al efecto por esta G.R.Log., sin que sea lícito a ninguno de otros herm. apoderarse de lo que justamente pertenece al Tesoro de la G.N.F.

En la G.R.Log. en Manila a 12 de Junio de 1896. La primera de la tan deseada independencia de Filipinas - El Presidente de la Comisión ejecutiva **Bolívar** - El Gran Maest. adj. **Giordano Bruno** - El G. Secret., **Galileo**»⁽⁹⁾.

B. El inicio de la revuelta

En agosto de 1896 se producen los primeros sucesos que marcan el inicio del conflicto que asoló la mayor parte de la isla de Luzón a lo largo de año y medio. Su sometimiento llevará a que tres generales, elegidos entre los más prestigiosos de la Restauración, detenten el mando del ejército español en Filipinas, los generales **Blanco**, **Polavieja** y **Primo de Rivera**.

Descubierta la conspiración tagala, el 20 de agosto de 1896, las autoridades comenzaron a tomar las medidas oportunas, declarándose el estado de guerra el 24⁽¹⁰⁾. Blanco contaba sólo con 309 soldados europeos pertenecientes al Regimiento de Artillería de guarnición en Manila, estando el resto de las tropas del archipiélago compuesto por indígenas, principalmente tagalos, mandados por jefes, oficiales y clases peninsulares⁽¹¹⁾. [16]

Con el inicio de la rebelión el 25 de agosto buena parte de las tropas tagalas alistadas en el ejército español se pasaron a **Katipunan**. Pero las que quedaron en las filas del mismo se batieron con eficacia, dando grandes pruebas de fidelidad y arrojo. La situación de las autoridades españolas era crítica.

Desde los primeros días se organizarán entre los peninsulares que habitan en Luzón unidades de voluntarios, que ayudarán con eficacia a paliar las inmensas carencias de efectivos a que se enfrentaba el Gobernador General de las Filipinas en aquellos momentos.

Los desórdenes se extienden desde Manila a las provincias de Cavite y Nueva Écija. El 30 de agosto se declara el estado de guerra en las provincias de Manila, Bulacán,

Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, La Laguna, Cavite y Batangas. El día anterior, 29 de agosto, ya Blanco había pedido refuerzos urgentemente a Madrid, acordando el Gobierno enviar un batallón de infantería de marina y otro de cazadores -unos 2.000 hombres- hacía las Filipinas, a la mayor brevedad posible, junto a los cruceros «Isla de Cuba» e «Isla de Luzón»⁽¹²⁾. El envío de batallones de cazadores e infantería de marina era fruto de la carencia casi absoluta de regimientos y batallones regulares de infantería peninsulares, al estar todos los existentes combatiendo en Cuba.

Hacia mediados de septiembre los desórdenes se limitaban a la provincia de Cavite y algunos pueblos de Nueva Écija. Aunque se puede considerar que la sublevación había fracasado en su propósito de terminar con el dominio español de un solo golpe, comenzaba a un conflicto que por sus características sería difícil de resolver.

La represión de la revuelta comienza a cobrar sus primeras víctimas; son fusilados trece miembros del **Katipunan**, el 12 de septiembre, tras un consejo de guerra, apresados por sublevarse en Cavite el 2 de septiembre⁽¹³⁾. Muchos tagalos fueron obligados a abandonar sus puestos en la administración, procediéndose a la detención de los partidarios del **Katipunan** que se encontraban [17] *solapados* entre los fieles a España. La *Gaceta de Manila* publica el 19 septiembre los decretos de embargo de los bienes de los sublevados⁽¹⁴⁾. A esta política inicial de lógica dureza siguió un amplio indulto por parte del general Blanco, al que no se acogieron casi ninguno de los alzados.

El 1 de octubre llegaban los primeros refuerzos a Manila a bordo del «Cataluña». El 6 de octubre atracaba el vapor «Montserrat». El 14 salían para Cartagena y Fernando Poo los primeros deportados a bordo del «Manila». El mismo día llegaba el «Antonio López» con más refuerzos, al igual que ocurriría el 17. El 3 de noviembre llega el «Colón» con tropas y el 14 el «Covadonga». Durante el mes de octubre se produjeron más de cien pequeños combates.

Paralelamente a la grave situación que se vivía en Luzón estallaron dos pequeñas revueltas: una en Mindanao, en el **Fuerte Victoria** donde la 3 Cía. disciplinaria pasó a sus mandos a cuchillo; descubriéndose también una conspiración entre las tropas tagalas del regimiento núm. 68 de guarnición en Joló. Ambas no tuvieron grandes consecuencias para la seguridad del archipiélago, aunque sí mucha resonancia en la prensa española.

Las acertadas medidas tomadas por Blanco, a pesar de sus escasos efectivos y posibilidades, sirvieron -al menos- para circunscribir la revuelta al centro de Luzón y a la etnia tagala.

Entre las causas del fracaso de la conspiración en su intento de terminar con los peninsulares de un golpe, así como en las operaciones militares de las primeras semanas de la revuelta, hay que señalar la importante carencia de armas que sufrieron desde el primer momento los sublevados. Nunca dispusieron de más de 1.500 armas de fuego de todo tipo, siendo las mejores de éstas las que aportaron los desertores del ejército español. La relativa carencia de medios económicos del **Katipunan** en los primeros momentos, la férrea vigilancia por parte del servicio exterior del ministerio de Estado y de la Armada española, así como la negativa por parte de Gran Bretaña, Francia y Japón a venderles armas, hicieron imposible un incremento de su armamento en cantidades considerables.

Gran Bretaña adoptó una postura favorable a la defensa de los intereses de España. Una nación blanca, en plena era del imperialismo, nunca favorecería una revuelta colonial en contra de los intereses de una potencia europea colonizadora⁽¹⁵⁾. La *Gaceta* de Singapur publicaba el 12 de septiembre el siguiente Decreto dado por el Gobernador de la plaza: [18]

«Siendo así que subsiste la paz y amistad entre S. M. la Reina y S. M. Católica el Rey de España; y siendo así que ciertos súbditos del dicho Rey de España en ciertas partes de su dominio llamadas las islas Filipinas se han revelado contra su autoridad y existen hostilidades entre la dicha Majestad Católica y los dichos súbditos revoltosos, y siendo así que S. M. la Reina desea que ninguna expedición naval ni militar sea organizada dentro de sus dominios para ir en contra de los dominios en Filipinas de S. M. Católica ni en ninguna otra parte. Por lo tanto, yo, sir Charles Bullen Hugh Milchell, por este advierto y severamente prohíbo a toda persona dentro de esta colonia de ninguna manera prepare, organice, pertenezca o ayude a preparar, organizar o ser empleado en cualquier misión, en cualquier expedición naval o militar para ir contra los dominios de S. M. Católica en las Filipinas u otra parte, bajo las penas prescritas contra toda persona que ofenda el acta 1870 **Foreign Enlistment Act** y todo otro estatuto y ordenanza previsto para estos casos»⁽¹⁶⁾.

Otro decreto de las mismas fechas prohibía la exportación de armas, municiones, pólvora y pertrechos de guerra desde esas colonias hacia las Filipinas por tres meses.

Es indudable que el levantamiento tagalo produjo sorpresa. En muy poco tiempo hubo no sólo que frenar la insurgencia, sino que remodelar la estructura militar del archipiélago ante las grandes demandas que ocasionaba la guerra; hospitales, cuarteles, depósitos de munición, etc. No todo se pudo improvisar como la carencia de planos, de material sanitario y de baterías de artillería. Con todo, muchos de estos problemas se solventaron con más eficacia de lo que era de suponer para una nación sumergida en una guerra en Cuba, con su hacienda casi quebrada y, sobre todo, en un territorio que tenía dejado de la mano de Dios desde el mismo día que lo conquistó.

C. Polavieja se hace cargo del mando de las operaciones

A finales de 1896 un ex capitán general de Cuba, Camilo Polavieja, es enviado para hacerse cargo de las operaciones militares y, poco después, del mando de la Capitanía General de las Filipinas. El 9 de diciembre el general Blanco es nombrado Jefe del Cuarto Militar de la Regente. El 3 de diciembre de 1896 llegaba Polavieja a Manila, el 8 es nombrado Capitán General del archipiélago, ocupando el cargo el día 13. [19]

Desde el primer momento éste fijará su atención y el esfuerzo bélico en una serie de operaciones para desarticular la rebelión, logrando importantes éxitos en Nueva Écija, La Laguna, Batangas, Zambales y Batán, aunque el mayor se producirá en Cavite.

Con el fin de eliminar el apoyo que recibían los insurrectos de la población civil Polavieja tomará algunas de las medidas adoptadas por Weyler en Cuba. Procederá a concentrar la población rural de las provincias de Batán, Bulacán, Manila, Cavite, Morong, Laguna y Batangas. Dirá que «para los leales no tengo más que sentimientos de afecto y de protección: para los traidores, toda la energía me parece poca».

El 26 de diciembre de 1896 comenzó el Consejo de Guerra que condenaría a Rizal, presidido por el Teniente Coronel de caballería D. José Togores, siendo acusado Rizal de los delitos de rebelión, sedición y asociación ilícita. Condenado a ser fusilado el 30 del mismo mes.

A finales de diciembre llegó el vapor «San Fernando» que transportaba desde Barcelona al 8^o Batallón expedicionario, esperándose, en breve, la llegada de 5.000 hombres a bordo del «Colón» y del «Magallanes». Se compraron importantes lotes de caballos en Australia para dotar de monturas al Ejército. Una vez frenado con estos efectivos el avance de la insurrección en las provincias que rodeaban a Manila, Polavieja sólo esperaba la llegada de más refuerzos para lanzarse a la ofensiva.

Para llevar adelante su minucioso plan de operaciones Polavieja organiza una importante fuerza que pasó a llamarse Ejército de Operaciones en la Isla de Luzón, más conocida por división Lachambre⁽¹⁷⁾. Compuesta esta división por tres brigadas de infantería, así como por diversas fuerzas del Cuartel General de la División, de la Comandancia General de Luzón y de las de Manila/Morong. Esta fuerza quedó organizada con fecha 7 de febrero de 1897.

En síntesis el plan de operaciones era: aislar a los insurrectos en Cavite, cortando sus comunicaciones con las provincias de La Laguna, Batangas y Manila y proceder a su cerco y aniquilación sistemática.

Polavieja decide atacar el núcleo de la sublevación que se encuentra en Cavite, donde los insurrectos tienen varios campos fortificados, gran cantidad de municiones y armas de fuego, contando con unos efectivos en torno a los 30.000 hombres. Entre el 16 y 23 de febrero de 1897 los insurrectos son vencidos en toda la provincia y desalojados de sus reductos. El caudillo tagalo Aguinaldo se retiraba a Imus, al tiempo que el jefe Bonifacio huía a Naic. [20]

La rebelión, a pesar de sus continuas derrotas, seguía muy virulenta en Tondo, Silang, Dasmariñas y Zapote. Las tropas españolas, en palabras de Polavieja, están empeñadas en una verdadera guerra de conquista en la que iban logrando un saldo positivo.

Mientras se procedía a estas operaciones el 25 de febrero estallaron disturbios en Manila, al sublevarse un grupo de carabineros indígenas que hirieron a un oficial peninsular y mataron a un teniente coronel y a un sargento europeos⁽¹⁸⁾. Fueron fácilmente vencidos.

Cuando Polavieja dimite como Capitán General informa que las provincias al norte de Luzón están totalmente pacificadas, así como las de Batán, Zambales y Manila. En Moring y La Laguna apenas hay 300 insurrectos, existiendo pequeños grupos en Tarlak, Pangasinán, Nueva Écija y Pampanga. En la zona de Cavite y Batangas hay un grupo insurrecto en torno a los 4.000 hombres. El resto del archipiélago está en paz.

A pesar de este aparentemente optimista informe la situación no es tan buena, pues la táctica de guerrillas adoptada por los tagalos impide consolidar lo conseguido. Las peticiones, denegadas, de más tropas para profundizar en la pacificación será la causa de la dimisión de Polavieja.

El 15 de abril salía Polavieja hacia Barcelona, donde iba a ser recibido en olor de multitud e investido por sus partidarios con el título de **general cristiano**.

II. ABRIL 1897 - FEBRERO 1898.

A. *El mando de Primo de Rivera*

El 22 de marzo de 1897 es nombrado Fernando Primo de Rivera nuevo Capitán General de las Filipinas, partiendo para Extremo Oriente el 27 del mismo mes. Desembarcando en Manila el 23 de abril. A su llegada el país estaba:

«(...) hondamente perturbado; que la tranquilidad no existía; que ni aun dentro del mismo Manila, nadie se consideraba seguro durante la noche, temiendo males imaginarios que habían producido alarmas, al parecer, injustificadas.

Habían ocupado nuestras fuerzas a Santa Cruz, San Francisco de Malabón, Pérez Dasmariñas, Imus, Silang y demás puntos situados a la derecha de la línea que los citados forman; pero quedaban en poder de los insurrectos una extensa y riquísima zona de Cavite, comprendida por estos mismos pueblos, y los montes de Dos Peces, Maybao, Uruc, Sungay, Panysayan, límites de esta provincia y de [21] la de Batangas. Eran dueños y se estaban fortificando en Quintana, Indang, Mández Núñez, Alfonso, Bailén, Magallanes, Maragondón, Tarnate, Naic y otras poblaciones menos importantes, que forman el perímetro o están enclavadas en la zona por ellos ocupada»⁽¹⁹⁾.

Existían partidas en los montes de San Mateo, provincia de Manila, en San Fernando de la Laguna -bosque Buhogusan- Batán, Morong, Bulacán, Batangas y Tayabas. Había numerosos *tulisanes* en Pampanga. Estallando otra pequeña revuelta en Joló. Siendo especialmente fuerte la posición de los insurrectos en Biac-na-bató. Primo de Rivera calculaba que los insurrectos eran unos 25.000 con unas 1.500 armas de fuego de todo tipo.

Su primera proclama al llegar a las islas será llamando a la paz y prometiendo hacer justicia a todos, lo que no impide que se continúen las operaciones militares en Cavite infligiendo grandes derrotas a los rebeldes. Antes de iniciar éstas dio un indulto, en el que se decía:

«Art. 1. Declaro subsistente el bando de 26 de Marzo último, hasta terminar el 17 de Mayo, día en que se celebra el cumpleaños de S. M. el Rey, concediendo indulto de toda pena a los que, hallándose comprometidos en los actuales sucesos bajo cualquier concepto, y no estando a la disposición de las Autoridades, se presenten a las mismas. - Art. 2. Pasado el plazo que se señala en el artículo anterior, serán perseguidos con el mayor rigor los comprometidos en los actuales sucesos que no se hubieran acogido a

indulto»⁽²⁰⁾.

El 17 de mayo Primo de Rivera dictó otro decreto de indulto, política que fue continuada con el indulto de 18 de junio, todos publicados en la *Gaceta de Manila*.

Nuevamente el centro de las operaciones militares estará en la provincia de Cavite. Las fuerzas que habían de operar en ella eran cuatro brigadas independientes: una al mando del general Suero, situada en San Francisco de Malabón; otra al mando del general Pastor, en Imus; la tercera estaba en Silang al mando del general Ruiz Sarralde, y la cuarta, al mando del general Jaramillo, operaba en tierra de Batangas, limítrofe a Cavite.

El 30 de abril salía el Capitán General con su cuartel general para Cavite. Su primer triunfo fue la toma de Naic, defendida por el propio Emilio Aguinaldo. La pérdida de esta población supuso para los insurrectos 400 muertos y varios centenares de heridos y prisioneros. A esa victoria siguió la conquista de Maragondón y de otros enclaves, de forma que a fines de mayo de 1897 [22] podía considerarse pacificada aquella provincia, aunque no de manera definitiva.

Sobre el estado de la guerra opinaba el siempre crítico Pi y Margall: «La guerra no está concluida. No ocupan los insurrectos las plazas de Cavite en que se encastillaron; pero vagan por los montes y algún día caerán donde menos se les espere (...). En luchas como las de Filipinas es difícil restablecer la paz, mucho más difícil conservarla»⁽²¹⁾.

Vencido en Cavite, Aguinaldo se retiró hacia Nueva Écija y Bulacán, quedando grupos de insurgentes en Talisay y San Pablo. A pesar de las continuas derrotas en las provincias próximas a Cavite y Manila los focos de rebelión permanecían bastante virulentos. Las tácticas de guerrilla que utilizaban por estas fechas los tagalos hacían muy difícil la pacificación de las provincias. Durante el mando de Polavieja habían elegido los pueblos para hacerse fuertes y combatir, lo que les llevó a ser sistemáticamente derrotados; ahora, emboscados en las sierras y selvas resultaban casi imposible de encontrar, rodear y vencer.

Aguinaldo se atrincherará en Batangas, a donde es perseguido. Nuevamente las tropas españolas le desalojan obligándole a evacuar este territorio y La Laguna, lo que fuerza nuevamente a Aguinaldo a refugiarse, tras una larga huida en Biac-na-bató. Los rebeldes se encuentran sitiados en las provincias de Bulacán, Nueva Écija y Pampanga, así como en el monte Aráyat y en la zona de Biac-na-bató.

Las operaciones ejecutadas por Primo de Rivera -a criterio de Eduardo Gallego- se caracterizaron por el sello de la actividad y la decisión. Mientras que la división Lachambre no realizó nunca movimientos por brigadas independientes, las cuatro brigadas independientes creadas por Primo atacaron simultáneamente Naic, Amadeo e Indang, contando con muy reducidas fuerzas y saliendo triunfantes en sus empresas. Es cierto que la sublevación estaba muy quebrada tras las operaciones de Polavieja-Lachambre, pero no lo es menos que aún quedaban muchos pueblos y villas en poder de los insurgentes. La campaña fue tan rápida como exitosa, faltándole sólo el haber logrado impedir la fuga de Aguinaldo de Cavite, hecho casi imposible dada la naturaleza del terreno⁽²²⁾.

A pesar de todos estos éxitos Primo de Rivera pensaba que las medidas militares no traerían la paz deseada con rapidez. El hecho de haberse internado los rebeldes en la selva hacía que éstos, aunque cada día menos fuertes, pudiesen prolongar su resistencia por mucho tiempo. El 10 de septiembre [23] estalló un nuevo complot en Manila. La Guardia Civil Veterana derrotó a los 82 tagalos conjurados. Todo hacía presuponer que la guerra se prolongaría, hecho especialmente grave cuando España necesitaba concentrar todas sus fuerzas y energías en el absorbente conflicto antillano, y, muy especialmente, en aquellos momentos en que la actitud de los Estados Unidos se comenzaba a configurar como una amenaza aún mayor que la propia guerra de Cuba.

B. La actuación de Primo de Rivera para llegar a una paz negociada

El 4 de agosto de 1897 escribía Primo de Rivera a Cánovas notificándole que se le había presentado el influyente tagalo D. Pedro A. Paterno, con la oferta de negociar la paz con los rebeldes a cambio del perdón y una cantidad en torno a los 500.000 pesos para éstos. Carta que no llegó a leer Cánovas al ser asesinado. Pero de la que sí se enteró su sustituto, el hasta entonces ministro de la Guerra Marcelo Azcárraga⁽²³⁾, manteniendo la correspondencia sobre este asunto con el gobierno conservador en las cartas de fecha 1, 4, 13 y 27 de septiembre de 1897⁽²⁴⁾.

La situación en que quedó el gobierno sin Cánovas y la clara certeza de su rápida destitución llevó a éste a no tomar ninguna medida, actitud irresponsable en unos momentos tan graves como los que se vivían.

El anarquismo internacional asesinaba a Cánovas en San Sebastián el 8 de agosto de 1897. Como muy bien señala Cepeda Adán, Sagasta «que tantas veces ambicionaría el poder, en pocas ocasiones le resultaría menos apetecible que en aquella llamada angustiada de María Cristina para regir los destinos de la patria en peligro»⁽²⁵⁾. A sus 72 años aceptaba *obligado por el patriotismo* a formar su sexto gobierno. El 4 de octubre de 1897, el jefe liberal comunicaba su gabinete a la Regente; Pío Gullón en Estado, Trinitario Ruiz Capdepón en Gobernación, Conde de Xiquena en Fomento, Alejandro Groizard en Gracia y Justicia, Joaquín López Puigcever en Hacienda, el teniente general Miguel Correa en Guerra, el contraalmirante Segismundo Bermejo en Marina y Segismundo Moret en Ultramar⁽²⁶⁾.

Por aquellas fechas la prensa daba noticias pesimistas sobre Filipinas, logradas a través de personas llegadas del archipiélago, especialmente en relación al estado sanitario del ejército, al gran número de enfermos, a la alta mortalidad [24] y al estado anémico y debilitado de los que servían en activo y a lo difícil de las operaciones, lo que sumía al nuevo gobierno y a toda la nación en un estado de incertidumbre⁽²⁷⁾. Pero lo que resultaba especialmente grave era la terrible situación económica en que se encontraban las arcas españolas para hacer frente a los gastos de dos guerras coloniales simultáneas:

«La escasez de recursos con que se ha encontrado el Gobierno, lo prolongado de la lucha en Cuba y las dificultades que en los mercados de Europa se vienen creando a los Gobiernos por aquellos que buscan sus propios provechos a través de las desgracias de

España, imponen a todos los que ejercen la autoridad en su nombre, como V. E., nuevas y más estrictas obligaciones para llegar al termino de una lucha que no podría ya prolongarse mucho tiempo sin comprometer la existencia misma del país»⁽²⁸⁾.

El 5 de octubre de 1897 Primo de Rivera enviaba un telegrama cifrado al Presidente del Consejo de Ministros, como consecuencia de la formación del nuevo gobierno, en el que ponía su cargo a disposición de Sagasta, iniciándose con este telegrama una abundante comunicación telegráfica y postal por la que se puede seguir el desarrollo de los acontecimientos en relación a la guerra y los acuerdos de Biac-na-bató:

«Enseñoreada la rebelión, a mí llegada, de una parte considerable y la más fragosa de la provincia de Cavite, y existiendo sólo, después de las operaciones por mi dirigidas, partidas refugiadas en los montes de otras provincias ya perturbadas, sin ocupar pueblo alguno, y que suman a lo más 1.500 hombres armados, creía y creo que la insurrección que encontré aun potente estaba dominada, como entiendo hoy que puede concluirse con el concurso de voluntarios de las provincias leales, que a ello se me ofrecen, con nueva acción enérgica del Ejército (...) **Pero siendo del dominio público que V. E. en 9 de agosto dijo según Imparcial y otros que si mi voluntad era buena el estado del país era peor que a mi llegada, lo cual probaba no había acertado en mi gestión, sin amor propio y atento sólo al bien de mi Patria, ruego a V. E. incline ánimo S. M. nombre sustituto que con más fortuna llene este importante delicado mando que no es posible desempeñar y más en estos momentos sin la absoluta confianza del Gobierno**»⁽²⁹⁾. [25]

El 7 de octubre, por la misma vía, el Capitán General del archipiélago proponía dos caminos para terminar con la revuelta tagala, en la línea de sus últimas cartas al fallecido Cánovas. En primer lugar lograr la victoria por las armas con el apoyo de los numerosos voluntarios filipinos de las provincias leales, dispuestos a luchar contra los tagalos⁽³⁰⁾. Vía que, como señalaba el propio Primo de Rivera, resultaba factible, aunque muy costosa en sangre, dinero y tiempo, aunque mucho más barata y políticamente más llevadera que la de emplear tropas peninsulares. Manifestando su certeza de que **manu militari** se terminaría con la guerra aunque, eso sí, persistirían con toda seguridad brotes del incoada independentista de muy difícil extinción. Suponiendo éstos una amenaza potencial de casi imposible cuantificación de cara al futuro, aunque también era cierto que este tipo de insurgencia era algo normal y constante -como ya hemos señalado- en el archipiélago.

La segunda vía era comprar por un millón setecientos mil pesos a los jefes y las partidas rebeldes con sus armas, pasando los desertores tagalos del ejército español a cuerpos disciplinarios. Gestión ésta realizada gracias al mediador tagalo Paterno. El pago sería en los siguientes plazos: al entregarse Aguinaldo con su partida, cuatro meses después al rendirse el resto de las partidas rebeldes, y el tercer y último plazo al verse totalmente garantizada la paz. El dinero era, teóricamente, destinado a indemnizar familias arruinadas, embargadas, a viudas y huérfanos, permitir la emigración de los líderes y comprar a la soldadesca del **Katipunan**. A criterio de Primo de Rivera, esta opción ofrecía grandes ventajas económicas y salvaría la vida de muchos peninsulares «que por clima pierden 40 por 100 en año en muertos e inútiles teniendo 20 por 100 en hospitales y convalecientes que representan diez mil bajas año y desprestigiando cabecillas vendidos que emigrarían»⁽³¹⁾.

A las ventajas ya señaladas de llegar a un acuerdo añadía el hecho de que se impedirían posibles desembarcos de armas, los cuales revitalizarían la revuelta sin

ninguna duda; ésta, que nunca había contado con más de 1.500 armas había sido muy difícil de vencer, si contase con nuevos pertrechos se volvería francamente peligrosa.

El 9 de octubre llegaba a Manila una comunicación desde Madrid que decía: «Importantísimo telegrama de V. E. aplaza toda respuesta al suyo del día 5, relativo a dimisión. Consejo de Ministros estudia detenidamente sus planes [26] y resolverá en breve sobre ellos»⁽³²⁾, pidiéndole al día siguiente, desde Madrid, aclaraciones sobre los plazos de los pagos a Aguinaldo, su cuantía, etc.

El mismo día 10 de octubre enviaba Primo de Rivera al Gobierno los datos de los tres plazos para la compra de la rendición de los tagalos: el primero de 700.000 pesos al entregarse Aguinaldo con desertores y armas; segundo, 500.000 cuatro meses más tarde siempre que se hubiesen entregado todas las demás partidas; en tercer y último lugar unos 500.000 pesos, dos meses después de asegurada la paz. Este plan fue acogido con entusiasmo por las autoridades de Manila -Generales Castilla y Tejeiro, Arzobispo, Auditor General, Alcalde de Manila, Secretario General y Gobernador Civil de Manila-, lo que no impidió que Primo de Rivera continuase con su idea de levantar un ejército colonial con efectivos fieles no tagalos para continuar la campaña en caso de que fracasaran las gestiones de Paterno.

El 13 de octubre desde Manila se pedía al Gobierno que tomase una decisión; «(...) considero indispensable que Gobierno resuelva sin demora sobre llamamiento voluntarios», de cara a no parar las operaciones y así mantener una presión constante sobre Aguinaldo y sus partidarios.

Primo de Rivera comenzó con gran éxito la recluta de voluntarios de las provincias no tagalas de las Filipinas: «(...) cuando vieron llover sobre la Capital millares de voluntarios, dispuestos a auxiliar a nuestras tropas, y comprendieron que las bajas se cubrirían inmediatamente, sin grandes gastos ni pérdidas de tiempo, y que no contaban con el apoyo del país, se convencieron de que, más o menos pronto, su derrota total, era segura»⁽³³⁾.

El 17 de noviembre de 1897 desde Bacolor (Pampanga) salía un telegrama para el Ministro de Ultramar informando de la eficacia y éxito de las fuerzas de voluntarios filipinos contra los partidarios del **Katipunan**. La entrada en combate de estas unidades causó un gran impacto en la moral de los alzados:

«Escrito este telegrama se me presentó comisión llegada del campo enemigo en Biac-na-bató con pases firmados por Aguinaldo, Llanera y otros: son aceptables le dejo marchar a Manila para allí terminar dando cuenta al Gobierno. Es indudable que estas soluciones responden al entusiasmo mostrado por todas las islas del archipiélago contra la rebelión»⁽³⁴⁾.

Esto produjo la llegada de Paterno desde el campo tagalo provisto de un poder amplísimo por el que se le nombra árbitro (cva) para la negociación. La [27] rendición estaba garantizada. Primo de Rivera narra así estos sucesos en su memoria al Senado:

«(...) pedí explicaciones acerca del número de armas que tenían y debían entregar, porque no venían en los documentos, contestándome que era 587 en total las que entregarían; y como sólo de desertores y de otras procedencias tenían un número que se acercaba al doble, no podía conformarme con tan pocas, porque dudé de la sinceridad de todos (...).

Tampoco aparecían las cantidades convenidas: habíamos tratado de 1.700.000 pesos, y sólo de 800.000 se habla en el documento, indicando su inversión»⁽³⁵⁾.

La cuestión de las armas preocupaba en sumo grado a Primo de Rivera, especialmente al afirmar Paterno que Aguinaldo no tenía más armas que las 587 citadas, estando las que faltaban en manos de otros jefes. Las autoridades españolas exigieron el levantamiento de un estadillo, en el que constase tipo de armas -especialmente las de sistema Remington y Mauser-, a qué partida y jefe pertenecían y el número de insurrectos que las formaban.

El 20 de noviembre llegaba a Manila un telegrama desde Madrid que decía: «Autorizo a V. E. para firmar acta; considera también ha llegado el momento de entregar primer plazo cuando a juicio de V. E. estén satisfechas condiciones convenidas, cuidando V. E. sin suspender acción militar, de que ésta no venga a interrumpir cumplimiento de lo convenido, o a dar pretexto a insurrectos para creer se les falta a lo estipulado. Urge concluir con todo»⁽³⁶⁾.

El problema principal para cerrar el trato era que la autoridad de Aguinaldo no era reconocida por varios jefes de partida, lo que llevó a Primo de Rivera a dar de plazo para entregar las armas hasta el 12 de diciembre, al tiempo que se continuaban las operaciones con la toma de Puray y se atacaba Minuyan, Maquiling e Irurulong.

El 4 de diciembre llegaba un nuevo telegrama desde Madrid en el que se alentaba a la pacificación: «Retardo produce **gran decepción**, y últimos combates indican creer que pacificación está lejana. Dado estado financiero y complicaciones posibles, pacificar es lo que es importantísimo».

Lograr la paz por la vía militar se había complicado al desperdigarse los insurrectos por varias sierras extraordinariamente accidentadas, por lo que Primo de Rivera decidió dejar para el final el asalto al núcleo donde se encontraban los principales cabecillas con el objetivo de dar: [28]

«tiempo a éstos para facilitar entrega y más visto el resultado de estos combates y el gran efecto del ardor de los seis mil voluntarios ya en lucha y juego a la vez con las dos armas sin olvidar deseos del Gobierno e interés del país. Confío aunque no se entreguen lograr en un mes pacificación bastante para dar por terminada la guerra aunque queden pequeñas partidas muy general siempre en este país y que sólo el tiempo y la guardia civil pueden extinguir»⁽³⁷⁾.

Para amedrentar en lo más posible la moral de los que aún resistían en Biac-na-bató, Primo de Rivera aceleró más las operaciones creando una fuerte línea militar entorno al campo atrincherado tagalo, al tiempo que perseguía y acosaba, incluso, a las familias de los rebeldes:

«Quizás, allá, en la Península, se juzgue cruel y contrario a la sana doctrina jurídica eso de exigir responsabilidades a las familias de los alzados por la conducta de un individuo. Pero teniendo en cuenta que eran el espionaje constante entre nuestros Ejércitos y quienes recaudaban los recursos de boca y guerra para el enemigo, exageré la pena porque se hacía preciso preparar la opinión y siempre habría tiempo para atenuar sus efectos como lo hice cuando fue oportuno»⁽³⁸⁾.

El avance de las tropas españolas era ya imparable. Se habían tomado Ilorong, Puray, Minuyan y Aráyat entre el clamor de las provincias no tagalas, gracias al decidido apoyo de sus voluntarios. Ocupar Biac-na-bató era seguro, pero dado lo accidentado de la zona, Primo de Rivera no tenía confianza en poder apresar a los jefes de la revuelta, aunque estaba convencido de que éstos sólo se convertirían en algunas partidas sueltas de escaso poder una vez rendidos sus refugios.

Para el Capitán General de las Filipinas y sus generales la compra de la paz era la opción más razonable: «esta paz deja a salvo honor de España y del Ejército».

El 14 de ese mismo mes se comunicaba a Madrid la firma de los acuerdos que ponían fin a la revuelta;

«Comisión campo rebelde marchó hoy con acta firmada y redactada en términos altamente honrosos España: Aguinaldo dedicará días inmediatos comunicar órdenes rendición a todas las partidas: día 25 estarán generales Tejeiro y Monet en Biagnabató, saliendo el mismo día Aguinaldo jefes y gobierno rebelde para Lingayen, embarcando el 27 para Hong Kong con teniente coronel Primo de Rivera que exigen les acompañe en garantía de sus personas. Llegarán dicho puerto el 31 telegrafando sus partidarios entreguen armas y entregadas [29] que sean, se abonará primer plazo, pagando segundo cuando se rindan partidas de otras provincias, y tercero cuando reine paz en toda la isla»⁽³⁹⁾.

Primo de Rivera telegrafía -cifrado- el 18 al Ministro de Ultramar expresando sus temores, bajo el título de reservadísimo:

«Me explico justa impaciencia del Gobierno en publicar la paz, pero no conoce la raza mestiza china en que domina la hipocresía y falsía y me espanta la idea de que sabedores de la publicación sean capaces de variar las bases pactadas con nuevas exigencias; no lo espero, pero temo hasta que no sea un hecho. Haré por que aquí se ignore hasta el 25 que es el día de tenerlos en mi poder. Hoy hago salir a Paterno que nada sabe con primera letra a la orden del Banco Hong Kong de cuatrocientos mil pesos para que la enseñe y haga ver la formalidad del compromiso con la seguridad de que paga con su vida y bienes el no cumplir lo firmado como se lo he jurado. Le acompaña teniente coronel Primo de Rivera. Que los siete días de angustia que me esperan hayan servido a la nación, Reina y Gobierno. Gracias por sus cariñosas felicitaciones»⁽⁴⁰⁾.

A las medidas de actuaciones combinadas de las tropas, gestiones políticas y uso de presiones de todo tipo achacaba Primo de Rivera el éxito, aunque estaba seguro de haber terminado con la revuelta por la vía militar, de llegarse a los acuerdos de Biac-na-bató:

«(...) me ha parecido más político convertir la gloria que hubieran logrado los alzados si hubiesen muerto en campaña, en una deshonrosa venta, he ido al pacto para abreviar la insostenible situación de Tesoro Público y para no dejar a la aventura de un éxito militar la desaparición de los cabecillas prestigiosos»⁽⁴¹⁾.

Sin Aguinaldo y los más importantes jefes, Primo de Rivera pensaba que los inevitables restos de la revuelta se convertirían sólo en partidas de bandidos que terminarían por extinguirse perseguidos por la guardia civil, como de hecho habría ocurrido de no haberse iniciado la guerra con Estados Unidos en 1898.

Aguinaldo y sus partidarios más allegados partieron para Hong Kong, donde cobrarían el 3 de enero de 1898, de manos del teniente coronel Miguel Primo de Rivera, la letra de 400.000 pesos correspondiente al primer plazo de lo pactado. Dinero a cambio del cual habían aceptado deponer las armas. El 6 de enero se rendían los jefes tagalos Paciano Rizal, Miguel Malvar y Mariano [30] Tinio, entregándose poco después las partidas de Trías, Riego de Dios, Mogica, Malvar, Tinio y Makabulos... El 21 de enero Primo de Rivera informaba al gobierno que la paz era un hecho en el archipiélago ⁽⁴²⁾.

Primo de Rivera logró la pacificación de los jefes tagalos más importantes, lo que no impidió que continuasen existiendo diversas partidas en el campo de escasa fuerza. Situación con la que ya contaban los jefes militares españoles.

Se ha acusado al Gobierno y a Primo de Rivera de aceptar una paz vergonzosa en Filipinas ⁽⁴³⁾. Manuel Sastrón, el autor probablemente más documentado, y con una visión más global del problema de todos los que escribieron en la época, valoran en los siguientes términos el *grave error de Biac-na-Bató*:

«El pacto fue una imposición al general Primo de Rivera hecha por el Gobierno de la Metrópoli (...). Cuando se esperaba al general Primo de Rivera en el lugar señalado para dirigir personalmente la acción contra Biacnabató; cuando las fuerzas de la brigada Monet estaban ya todas aprestadas en sus posiciones para ejecutar lo que según el bien meditado plan del Marqués de Estella les competía, el general Monet fue llamado por el General en jefe con toda urgencia con el objeto de comunicarle nuevas importantísimas instrucciones: fueron éstas totalmente opuestas y contradictorias a las anteriores. El Marqués de Estella hizo saber al comandante general del Norte y centro de Luzón, Sr. Monet, la resolución del Gobierno de la Metrópoli de que **a toda costa se hiciese la paz**.

(...) El general Primo de Rivera llegó al extremo de verter copiosas candentes lágrimas al transmitir al general Monet las nuevas órdenes que echaban por tierra...» ⁽⁴⁴⁾.

Como hemos visto, tanto el gobierno como el propio Primo de Rivera y la cúpula militar y política del Filipinas, coincidían en la necesidad de llegar a los acuerdos de Biac-na-bató.

La continuación de las operaciones contra los campos atrincherados de Biac-na-Bató, aunque éstas hubiesen sido un éxito rotundo, sólo habrían servido [31] para terminar con el contingente principal de miembros del *Katipunan* agrupados junto a Aguinaldo, pero en el resto de Luzón hubiese continuado la guerrilla, con los peligros ya señalados.

El pago a los más importantes líderes tagalos garantizaba la eliminación de las partidas más importantes, pero no de todas, lográndose un importante ahorro en dinero y sangre, de los que tan necesitados estaba España. Esta decisión permitía al Gobierno y al Ejército fijar toda su atención en Cuba y en la amenazante actitud de los Estados Unidos.

Los brotes insurgentes continuaron en los meses siguientes, pero a pesar del carácter derrotista que intentaron darle los grupos peninsulares -tanto en España como en las Filipinas- enemigos de la solución lograda, Biac-na-bató supuso un acierto. Los sucesos de Zambales, la conspiración de Manila, la insurrección de Ilocos, los combates en los montes Mangatarem, los asesinatos de europeos en Pampanga y los sucesos de Cebú en

las Visayas no eran más que los lógicos coletazos de casi dos años de guerra. Lógicos cuando casi nada más firmarse los acuerdos de Biac-na-bató los Estados Unidos comenzaron a maniobrar contra los intereses de España en las Filipinas.

Sin la intervención de los Estados Unidos, -primero de carácter político y conspiratorio y luego militar-, España habría logrado con toda seguridad la pacificación de Filipinas. Hecho que no hubiese impedido que más tarde o más temprano el independentismo y la guerra hubiese vuelto a asolar el archipiélago, pero varios años más tarde, según la importancia y efectividad de las medidas administrativas y militares que hubiesen adoptado Madrid y Manila. Filipinas aún no se encontraba en la situación de Cuba, ni tenía una posición geográfica tan peligrosa para los intereses de España. La intervención norteamericana precipitó los acontecimientos, quitando a España su más importante posesión en el Pacífico y retrasando en décadas el nacimiento de una República Filipina verdaderamente independiente. [32] [33]